

EL GABON¹ DE AUZÁRRAGA.



(LEYENDA BASCONGADA.)

En un vallecito próximo al venerable santuario de Nuestra Señora de Iciar, se vé un caserío cuyas paredes ennegrecidas por el tiempo, y cubiertas de yedra, revelan su inmemorial antigüedad, así como declara su origen solariego, el pequeño y tosco escudo de piedra arenisca, que se destaca sobre el cabezal de la puerta, medio oculto entre el volado de su único balcon, y el ramaje de una encina que se levanta en la plazoleta de entrada.

Y en efecto, así en los remotos tiempos de que vamos á ocuparnos, como todavía en los nuestros, era Auzárraga una de las casas que en Guipúzcoa se conocen con el nombre de *Eche-aldeay* en Vizcaya con el de *Eche-jaunza*, significando de uno y otro modo *Señorío de casa*; y las cuales se diferencian de las demás solariegas, en que se hallan habitadas por sus dueños, que viven en ellas, cultivando sus tierras en épocas de paz, y saliendo al campo en las de guerra, á luchar con sus deudos y sirvientes, bajo la bandera de su *aide-nagusia* ó pariente mayor.

Eran, según se cree generalmente, las primeras casas pobladoras del país bascongado; y de ellas salieron, más tarde, las familias que ilustrando su originaria nobleza con su valor y sus virtudes, y enriquecidas por medio de enlaces, herencias ú otros medios, fueron levantando las casa-torres y castillos que pueblan ahora su suelo.

(1) *Gabon*. Noche buena; de *gau*, noche, y de *on*, buena,

El caserío de Auzárraga ha sido, pues, constantemente una de esas *Eche-jaunzas*, cuyos propietarios han venido sucediéndose de padres á hijos en ella por largos siglos; viviendo modesta pero holgadamente, con los frutos de sus campos, y con el ganado que criaban con abundancia en sus estensos montazgos, consiguiendo además todos los años, ahorrar sus buenos ducados para dotes de las hijas y de los segundones de casa.

Hacia los años de 1638, era jefe de ella un honrado anciano, llamado Iñigo de Auzárraga, de alta calva y blanca cabellera, de hermoso y venerable semblante, y cuya elevada estatura se hallaba muy encorvada, bajo el peso de noventa navidades.

Vivia en compañía de una nieta de 18 años de edad, tan bella como buena; é hija de su primogénito que murió casi á la vez que su esposa, dejando huérfana á la niña, apenas venida á luz.

Al verse solo con ella, el viejo Iñigo trajo á su lado á otro nieto que habia nacido en Motrico, de su hijo segundon, que se hallaba casado en aquel puerto; y como con pocos años de diferencia, era de la edad de la niña, pensaba unirle con ella en tiempo oportuno, para que continuaran á su muerte en el solar de sus mayores, la raza y el apellido que no han faltado ya.

No parece sino que los dos niños comprendieron los deseos del abuelo, segun el cariño y la ternura que llegaron á profesarse. Es verdad, que la doncella era un ángel de bondad y de dulzura, y el muchacho uno de esos caracteres francos, generosos y alegres, que se hacen querer de todo el mundo.

Y si dignos eran el uno del otro, por sus cualidades niorales, no lo eran ménos por las físicas.

Dominica, que así se llamaba ella, tenia una estatura regular, cara ovalada, y tez blanca y delicada. Su abundante cabellera castaño oscuro, llamaba la atencion en un país en que es tan comun el buen pelo. Eran garzos sus ojos y dulcísima la expresion de su bondadosa mirada; la nariz correcta, la boca fina, y habia un aire de modesta gravedad en todo su sér que la hacia parecer de más años que los que tenia realmente, El en cambio, era un poco moreno, alto y gallardo de estatura y con unos ojos negros que revelaban en su limpia y resuelta mirada, la franqueza y generosidad de su carácter. Tenia alta la frente, la nariz aguileña, y los labios un poco abultados, pron-

tos siempre á entreabrirse, con rica burlona á veces, pero nunca con doblada intencion.

Por lo demás, él con su eterna bulliciosa alegría y ella con la inagotable ternura de su alma inmaculada, eran el consuelo del pobre anciano que estaba chocho con ellos.

Sin embargo, por más que el buen viejo comprendiera todo el valor de la inteligencia y del corazon de su nieta; por muy agradecido que se reconociera á la bondad y á la abnegacion con que se consagraba á cuidarle, casi se sentia más inclinado al mancebo; y era porque este le divertia con su buen humor, haciéndole olvidar sus años; y nada se desea con más ánsia que la distraccion y el olvido, en esa edad en que abandonándonos el calor y la alegría, se va apoderando del alma la tristeza mortal que inspira la proximidad de la tumba.

El día que Ortuño, que era el nombre del jóven, llegó á sus 22 años, Iñigo, que cuando ménos tenia tantas ganas como sus nietos, de verlos ya casados, les citó á uno tras otro al salon que él llamaba de ceremonia, con la grave solemnidad de que gustaba revestirse en las grandes ocasiones.

Por supuesto, que el pretendido salon no era más que una gran pieza desmantelada, con el techo y los muros ennegrecidos de humo; y que tenia por todo adorno, dos grandes armarios de roble, arrimados á las paredes de derecha é izquierda; dos arcas talladas que flanqueaban por uno y otro lado la puerta de entrada abierta en el centro, y unas cuantas sillas de madera; con más en los muros, un crucifijo en el centro del balcon, y colgados aquí y allí, atzconas, ballestas y espadas enmohecidas, en amable maridaje con un yugo de carreta, unas bridas de caballo, media docena de relucientes layas y otros objetos de labor.

Junto al único balcon que daba al campo, y frente á la puerta del salon, se veía un sillón de baqueta, con clavos dorados; y sentado gravemente en él se hallaba el buen Auzárraga, esperando á sus nietos, con las manos apoyadas en el pomo de concha de su palo de acebo, y la cabeza inclinada sobre las manos.

Muy satisfecho de sí mismo, y gozando con el efecto que iba á producir, miraba con impaciencia á la puerta, cuando entraron de pronto los jóvenes cantando alegremente.

El mozo, que segun hemos dicho, era tentado á la risa, soltó el

trapo á carcajadas al ver la aparatosa seriedad del anciano, y dijo dirigiéndose en voz baja á su compañera:

—Mira á nuestro aitona¹ Dominica ¡qué ancho y satisfecho está en su trono! No le falta más que la mitra, para parecerse á un Obispo.

—No está bien que te burles del pobre viejo, murmuró la jóven. Cuando él hace todo esto, será porque tenga algo grave que comunicarnos.

Iñigo, que á pesar de no haber oido las palabras del mozo comprendió por sus risas y gestos que se estaba burlando de él, se irguió con aire muy sério, y dijo dirigiéndose á los jóvenes:

—Oídme ambos, pero tu en particular, Ortuño. Os llamaba para comunicaros, que habiendo llegado tú á los 22 años, y tu prima á los 18, habia pensado casaros; pero como el que no sabe respetar á los padres, no puede tratar á su mujer como debe, ni criar bien á sus hijos, he desistido de mi intento, y así, os podeis retirar.

El aire de picaresca malicia que tomó el rostro del jóven á las primeras palabras de su abuelo, fué desapareciendo segun avanzó en su discurso; y para cuando hubo terminado de hablar, se habia trocado en un velo de profunda tristeza.

Y es que Ortuño, conocia bien el carácter de aquel viejo, y sabia que habia en su fondo á pesar de su bondad, una incontrastable firmeza, que nada era capáz de doblar cuando tomaba á pecho las cosas.

Sin embargo, por una de esas bruscas transiciones, propias de los temperamentos impresionables como el suyo, hizo un movimiento, y acercándose al oido de la jóven dijo con resolucion:

—Mira, Dominica: si no conviertes á ese viejo chocho, te juro que me engancho en la primera galera de la costa, y no paro hasta hacerme ahorcar, de esos bandidos Charchianos,² que Dios maldiga.—

La jóven al oirle, se echó á los piés de su abuelo, pidiéndole que

(1) *Aitona*, de aita, padre, y ona, bueno, con cuyo nombre llaman en ciertas zonas al abuelo, si bien con el de aita aita, en otras y el cual significa padre padre, es decir dos veces padre.

(2) *Charchianos*. No es fácil averiguar si era alguna nacion marítima, ó una de esas razas piráticas del Norte que asolaron por largo tiempo el litoral Oceánico, lo que querian designar con ese nombre los pueblos de la costa bascongada; pero segun la pavorosa memoria que dejaron en ellos, y que aun se conserva hoy día, debieron ser gentes sin Dios ni ley. Saqueo y destruccion de iglesias y conventos, incendios de pueblos enteros, la matanza y el pillage, señalaban por todas partes su paso, No es pues estraño, á ser cierto eso, que fuese su nombre objeto de horror y de execracion en las indefensas poblaciones que hacian víctimas de sus feroces instintos.

perdonara las inofensivas burlas de su nieto. Este viendo por la cara del viejo, que aquel era el camino, unió sus ruegos á los de la novia; y al cabo Iñigo afectando rendirse con mucho trabajo, concedió su perdon murmurando:

—Bien, bien. Por esta vez me doy á partido, pero os aseguro, que á la otra serán vanas vuestras súplicas.

Ortuño entónces con voz melosa respondió:

—¿Pero no sabes acaso, señor aitona, que me retoza la risa en el cuerpo, y que á falta de otro me burlo de mí mismo? Mas tampoco debes ignorar, que eso no impide que sepa tratarte como mereces, y tambien obligar á otros, á que hagan lo mismo.

—¡No lo olvido! ¡no lo olvido! murmuró con secreto orgullo el anciano, recordando un lance en que habiéndole ofendido un bravucon insolente, abusando de su edad, le forzó el impetuoso Ortuño, á darle una pública satisfaccion.

—Mas eso no quita, añadió luego, que tengas esa mollera sin un adarme de juicio.

—¿Queno? Ya verás tú, aitona, qué Echejaun tan formal hago, en cuanto me echen el yugo; que dicho sea de paso, cuanto ántes sea, mejor.

—Eso queda por vuestra cuenta.

—Pues entónces á arreglar las cosas, y andando; exclamó el mozo.

—¿Y qué dice nuestra Echecho-andra l á eso?

—¿Yo? contestó ruborizándose la jóven, que tú eres el que mandas, aitona; y tú por consiguiente quien debe disponerlo. Pero creo sin embargo que fuera mejor dilatarlo hasta que pase el luto.

—¿Qué luto, ni qué niño muerto? exclamó con vehemencia Ortuño.

—Calla, primo, murmuró gravemente la niña. ¡No olvides que es de tu madre!

—¿Y qué cuidado le da á mi madre que nos casemos ahora ó más tarde? ¡Yo te aseguro, que si pudiera hablarnos, nos aconsejaria hacerlo cuanto Antes! ¡Tál estaria de contenta lapobre!

—Sin embargo.... insistió la jóven.

—Bueno, bueno, repuso Ortuño; si tú crees que debemos hacer

(1) Echecho-andra=Mujer de casa. Lllaman así en bascuence á las amas ó señoras de casan acomodadas.

ese sacrificio á su memoria, me conformo desde luego. ¡Era tan buena.... y la queria yo tanto!

Al decir esto, volvió como distraído el rostro, quizás por ocultar alguna lágrima que asomaba á sus ojos.

—¿Y cuándo concluye el luto? preguntó el abuelo.

—La víspera de Navidad, contestó Dominica.

—Pues ea. A trabajar para ello, sin olvidaros, que vuestro parentesco exige dispensas, historias y mucho tiempo.

El honrado anciano al decir así, se puso en pié apoyándose en su palo; y Ortuño echándole los brazos, y haciéndole balancear en ellos, gritó:

—¡Viva nuestro aitona! ¡Viva nuestro aitona! ¡Verás que Auzárragas tan guapos te vamos á dar!

¡Loco! ¡Que me ahogas! balbuceaba el abuelo, riéndose á su pesar; y en seguida apoyado en sus dos gallardos nietos, salió del salon, henchido de satisfaccion y de orgullo.

II.

Esto sucedía á principios de verano, y ántes que trascurriera un mes, la provincia llamó á sus marinos á los buques, y á sus guerreros á la frontera, en defensa del rey de Castilla á quien habia declarado guerra el francés.

El padre de Ortuño era marino; y aun él en su infancia habia andado algo en el mar, á la que siempre tenia alguna inclinacion; y en su vista, en la necesidad de acudir á campaña, optó por prestar sus servicios en la escuadra, y así hizo sus preparativos para marchar.

La víspera de su partida, Dominica que no habia cesado de llorar en aquellos ocho dias, le dijo con acento suplicante:

—Oye Ortuño. He hecho una promesa á la Virgen de Iciar á fin de que te proteja en tu viaje, y como nada tienes que hacer, bien pudieras venir á acompañarme, para encomendarte á ella.

—¡Bueno! ¡Bueno! exclamó el jóven con el tono de buen humor de que le era imposible prescindir aun en las circunstancias más graves.

—Iremos ya que lo quieres; y eso que yo, al ver que todos te tienen por una santa, juzgué que me bastaría con tu proteccion. Pero

puesto que tambien por allí arriba los que más pueden sacan mejor tajada, no será malo en efecto, ponernos bien con quien es Reina y Soberana; pues donde hay pilotos, no campanmarineros,

—¿Pero es posible, Ortuño, que ni tratándose de cosas tan sagradas, ni en momentos tan tristes como estos, has de tener alguna formalidad?

—¡Mujer, no sé como dices eso!

En los últimos treinta días, me he confesado dos veces; me haces rezar un rosario á la mañana, sobre el que me encaja el abuelito á la noche; voy cargado con cinco escapularios que me piden una letanía de Padres-nuestros; y á pesar de esto, ¡teatreves á decir que no soy formal todavía! ¡Venga Dios y véalo! ¡Santos habrá en el cielo, que no hayan hecho otro tanto! ¡Pero hija!—añadió luego.

—Con lo que no me conformo, es con tan largo llorar, pues te aseguro que tengo el corazon como bacalao en remojo.

—¿Y te parece que no hay motivo para lágrimas, cuando vamos á separarnos ignorando si nos volveremos á ver?

—¡Toma! eso nos pasa todas las noches. Y me extraña que mi Santa Dominica, que tan buenos sermones me emboca sobre la fragilidad de la vida, no haya caido en cuenta hasta ahora, que no la tenemos segura ni ahora ni mañana, ni aquí ni en otra parte.

—Es verdad. Pero eso de vivir constantemente en el mar, y bañarse en medio de las borrascas.....¡Oh! Es horrible Ortuño.

Diciendo esto, la enamorada doncella rompió á su pesar en llanto.

—¿Volvemos á las andadas? exclamó su primo. No, pues, por esta vez no hago coro á la música.

En seguida, entonó con robusto acento una alegre cancion; pero poco á poco, y sin darse cuenta de ello, su voz fué debilitándose gradualmente, hasta acabar en silencio; comunicándose á su corazon, la tristeza que pesaba sobre el de su novia.

¿Y cómo no, si aquella hermosa niña, era la mitad de su vicia, y hubiera dado la otra mitad por no separarse de ella?

Pero como no queria parecer afligido, se retiró á su cuarto diciendo que volvía al punto.

Al poco tiempo se presentó y dijo á Dominica:

—Yo, ya estoy, con que así cuando quieras.

—Al momento—respondió la jóven, entrando en su cuarto, y vol-

viendo con un pequeño tiesto de mimbre, que contenia una planta de rosal, con dos rosas abiertas.

—¿Qué es eso? preguntó Ortuño.

—¡Miofrenda! contestó Dominica; y en seguida se puso en marcha.

El mancebo salió tras ella, y unidos pronto los dos, unas veces alegres y otras tristes, llegaron á la iglesia de Iciar.

No habia nadie en ella.

La jóven por delante, y el novio tras ella, llegaron á la grada y se arrodillaron una junto al otro; y permanieron así algun tiempo, rezando fervorosamente.

De pronto, Dominica dirigiéndose con voz solemne á su primo, le preguntó, tomando por testigo de sus palabras á la Santísima Virgen.

—¿Me prometes, Ortuño, serme fiel en tu ausencia, y si vuelves con salud, hacerme tuya ante el Cielo?

—¡Te prometo y lo juro! respondió con firme acento el jóven, añadiendo luego:—¿Quieres á tu vez hacerme igual promesa?

—¡Si! ¡y me obligo además á no dar nunca mi mano á otro que á ti!

En seguida poniéndose en pié, se dirigió al altar, y colocó á los piés de la imágen de Nuestra Señora, el rosal que traia de ofrenda.

Volviendo luego á arrodillarse junto á su primo, le dijo con expresion de profunda confianza:

—Mi buena Madre, que jamás me ha negado nada, me revelará en la flor de la derecha tu destino y en la de la izquierda el mio.

Ganas le dieron al mozo de contestar, que quien podria dar pronto cuenta del destino de ambas flores, seria la hija del sacristan, que se despepitaba por las rosas; pero eran tales el candor y la santa uncion de la niña, que no se atrevió á interrumpirla.

En fin, un cuarto de hora despues, los dos jóvenes caminaban de vuelta para casa; y al siguiente dia, Ortuño, acompañado de las lágrimas de su abuelo y de su prima, tomaba el camino de Guetaria, para embarcarse en un buque de guerra.

JUAN V. ARAQUISTAIN.

(Se concluirá).



EL GABON¹ DE AUZÁRRABA.

(LEYENDA BASCONGADA).

(CONTINUACIÓN)

III.

A los siete meses de estos sucesos, se celebró la paz entre España y Francia; y con tal motivo, las fuerzas marítimas y terrestres de Guipúzcoa volvieron al pié de paz, y los que habian sido llamados para la campaña, tornaron á sus hogares.

Sin embargo, la escuadra llegó con un buque de ménos, y ninguno de los demás tenia noticias de él.

Era precisamente el en que se habia embarcado Ortuño.

No es pues estraño que con semejante suceso, reinaran la inquietud y el dolor en Auzárraga.

¡Y á todo esto, pasaron algunos dias, sin que llegara ninguna nueva, lo que hacia aumentar las probabilidades de una desgracia!

Sin embargo, ni el abuelo ni la nieta se alarmaban, lo que era de temer, á juzgar por la pasion con que le querian, y era que Dominica veia todos los dias frescas y lozanas las dos simbólicas rosas; y en cuanto al viejo, ni permitia que se hablara de desgracia. ¡Tal era el espanto que se apoderaba de su ánimo, las pocas veces que se fijaba en su posibilidad.

(1) *Gabon*. Noche buena. de *gau*, noche, y de *on*, buena.

Pero entre tanto, el tiempo corría, y llegó la semana de Navidad, que era como sabemos, la época fijada para el matrimonio de los dos primos.

¡En vano se avisaba y se inquiría! ¡En vano se pedían noticias por todas partes! Nada se podía averiguar. Así es, que de día en día se debilitaba la confianza del pobre Echejaun.

Es verdad que al verse con su nieta, repetía lo mismo que hasta entonces:

—Ya verás, el corazón me lo dice, y los cánticos de nuestro buen Ortuño alegrarán como otras veces nuestro Gabon.

Pero lo que ántes no sucedía, al terminar estas palabras, añadía ahora suspirando: —;Sí que vendrá! ¡Sí que vendrá! Pero ¡ay! ¡si no viniera, no alegraría los ojos de su pobre abuelo, el sol de Navidad!

No era extraño que el infeliz se sintiera estremecer de terror en los momentos que se apoderaba de su espíritu la probabilidad de su desgracia; que aquel mancebo era la alegría de su vida, más triste cada día, y la esperanza de sus ambiciones de raza.

¡Ay! ¿Si desde su marcha, faltaba todo al infeliz anciano?.... ¿Si se le hacía eterno el tiempo y desolada la vida, sin la atronadora alegría del bullicioso joven?.... ¿Si habían desaparecido con su ausencia la animación y hasta la luz del viejo solar de Auzárraga? ¿Qué sería el día en que hubiera que renunciar, hasta á la esperanza de su vuelta? ¡Y después..... el pensamiento de dejar sola y sin amparo en el mundo á aquella niña de sus amores; la idea de ver aquel honrado techo que llevaba el apellido de su raza en poder tal vez de gentes mercenarias; y de todos modos, sin un nombre que respondiera á su viejo nombre! ¡Oh!

¡Todo esto, pesaba como una losa de plomo sobre el corazón del desdichado Echejaun!

Entre tanto, había llegado la antevíspera del día de Gabon.

Dominica como todas las tardes se preparó para subir á Iciar.

Ningún día había dejado de acudir allí desde la marcha de Ortuño, y siempre había vuelto con la esperanza en el alma al ver sus flores brotando lozanía y vida.

—¡Vive! ¡Vive! solía exclamar con lágrimas de dicha en los ojos. Si se hubiera desgraciado, mi Santísima Madre me lo hubiera dado á entender.

Aquella tarde al salir de casa, llevaba el corazon oprimido por un misterioso temor.

Llegó al templo y arrodillándose cerca de la puerta, oró largo rato sin mirar al rosal; pues tenia la costumbre de hacer ántes sus devociones, por ofrecer á Dios de ese modo, el pequeño sacrificio de su curiosidad y su amor.

Cuando hubo terminado, se dirigió apresuradamente al altar, y vió con espanto, que la rosa de la derecha, la que simbolizaba el destino de Ortuño, se hallaba mústia, deshojada y seca.

Un grito de dolor partió de su pecho herido; inundáronse de lágrimas sus ojos, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para dominarse, cayó de rodillas sobre la grada, y estampando los lábios en la fria piedra, murmuró con dolorosa resignacion.

¡Bendita sea la voluntad de Dios!

Así permaneció la infeliz con el rostro en tierra, más de una hora, pidiendo por el alma del pobre Ortuño, y por la vida de su abuelo; sobre todo por su infeliz abuelo, cuya desesperacion al conocer su desgracia, la hacia estremecer.

Cuando se puso en pié, la grada en que habia apoyado la frente se hallaba humedecida por sus lágrimas.

¡Desventurada niña! ¡Entónces como siempre, solo se acordaba de los demás! ¡Nada pedia para sí! ¡Y eso que los latidos de su corazon, la decian que no tardaria en seguir la suerte de Ortuño!

Al llegar á la fuente de Lizarbe, se sentó bajo uno de los fresnos que dan nombre á aquel sitio, y allí permaneció unos momentos, llorando al recordar, que al pié de aquellos mismos árboles, oyó la última amorosa despedida del infortunado Ortuño.

En seguida se levantó, y acercándose á la fuente, se lavó los ojos para borrar las huellas de sus lágrimas. Aunque iba oscureciendo quiso antes de entrar en casa, subir al alto de Salvatore desde donde se alcanzan á derecha é izquierda los caminos de San Sebastian y de Vizcaya; y en frente el aborrecido Océano, encerrado en un círculo que forman, por delante el horizonte, y por los lados las costas basco-francesas.

Allí permaneció algunos instantes, dirigiendo ávidas miradas por todas partes, pero no descubriendo nada de lo que buscaba, reanudó tristemente su marcha.

Al llegar á la cuesta de Chopolo, vió á un jóven que al pasar junto á ella muy de prisa, la saludó alegremente diciendo:

—¡Agur maite!

—¡Buenas tardes! contestó la jóven en bascuence, fijándose con interés en el traje marinero que vestía.

El mancebo que se habia adelantado algun trecho, se detuvo de pronto y volvió el rostro, al oír la voz de Dominica que le decía:

—Perdona que te detenga un momento; ¿pero podrias decirme si has formado parte de los marinos de la provincia?

—He hecho la campaña con ellos.

—¿Y has conocido, ú oído hablar de un tal Ortuño de Auzárraga?

—¡Ha sido compañero mio! ¡Pobre muchacho!

—¿Se ha desgraciado, no es cierto? murmuró la niña, haciendo heróicos esfuerzos para ahogar su emocion.

—No puedo asegurarlo completamente; pero será un milagro si se ha salvado.

—¿Y cuándo ha sido eso? ¿Acaso hoy mismo?

—Hoy justamente y hará lo más dos horas. Habiendo quedado muy averiado el buque en un puerto de Galicia, quedamos rezagados para componerlo, pero impacientes todos por volver á casa, echamos á andar ántes de tiempo, así es, que al doblar este mediodía el cabo de Machichaco nos fué rindiendo el Noroeste, y al fin nos arrojó sobre unos peñascos próximos á Ondarroa. Unos cuantos pudimos coger un bote y llegar á tierra; pero los demás han sido arrastrados á fondo por la marejada que era fuerte. Y como soy de Zarauz á donde fácilmente pudiera llegar una falsa noticia que alarmara á mi pobre madre, me he puesto en camino para llegar cuanto ántes á casa.

Dicho esto, saludó nuevamente y desapareció con rapidéz entre los árboles.

Pocos momentos despues, llegaba Dominica á Auzárraga: y cuando hubo entrado, su abuelo que estaba esperando le preguntó:

—¿Qué hay? ¿Has sabido algo?

La jóven por no contestar bajó la cabeza haciéndose la distraida, y el viejo atribuyéndolo á otra causa, prosiguió con esa tenaz insistencia propia de los niños y los ancianos.

(1) *Maite*, amada. Es el saludo que generalmente dirigen los jóvenes á las doncellas de su clase cuyo nombre ignoran,

—No te aflijas, hija mia, pues no tardará en venir. ¡Tú verás cómo tambien este año celebramos el Gabon con él! ¿Y qué sería en lo demás de su pobre aitona?

Dominica con el corazon desgarrado por su inmensa desgracia, y por la aterradora confianza de aquel desdichado, se retiró á llorar á su cuarto.

El dia siguiente, que era la víspera de Noche-buena, la jóven á la misma hora que la tarde anterior, se dispuso á subir á Iciar.

Al llegar á la puerta de casa, se encontró con su abuelo que le dijo:

—¿A donde vas, Dominica?

—Voy allá arriba á rezar un rato.

—¡Haces bien, hija mia! Sí; vete, y pide á la Virgen que nos traiga para mañana á Ortuño.

Dominica que queria ir preparándole para la triste noticia que tendria que recibir ántes de mucho tiempo, contestó:

—Pero aitona, ¿por qué te empeñas en que ha de ser mañana? ¡Lo mismo puede llegar dentro de quince dias... ó más tarde... ó nunca, tal vez!

Calla niña! ¡calla! Te digo que vendrá mañana, ¡Pero.... si no viene, harás bien en ofrecer siemprevivas por su memoria, porque..... habrá dejado de existir! ¡Ay! En tal caso, triste será el Gabon de mañana para el viejo Echejaun de Auzárraga, pues no ha de encontrarle con vida la luz del siguiente sol!

—Siempre estás diciendo eso, aitona! y no está bien. Dios puede querer que muera él siendo jóven, y que vivas tú siendo viejo; ¡y nosotros debemos resignarnos y acatar su voluntad! Y además, ¿te parece bien, abuelito, ese empeño de dejar sola en el mundo, á tu pobre nietecilla?

—¡Pero si no es empeño, hija mia! ¿No ves tú esos árboles de los bosques que se burlan de las borrascas mientras son jóvenes y lozanos, cómo se rinden en seguida al menor soplo de la brisa, cuando los años han carcomido su seno? ¡Pues eso me sucede á mí! Yo he visto morir á mis padres, y mis hijos, á mi esposa y mis hermanos, sin que tantas desgracias quebrantaran mis fuerzas; y sin embargo ahora, la pérdida de ese muchacho ó la tuya, me aplanaría de un golpe. ¡Yo me conozco bien, hija mia! ¡Estoy viejo, débil y triste, y así como la alegría pudiera reanimarme todavía, la menor desgracia bastará para

acabarme! ¡Así pues, si aun quieres gozar de la compañía de tu abuelo, pide á la Virgen que tanto te quiere, la llegada de Ortuño para la cena de mañana.

Estas últimas palabras hicieron temblar á la jóven. Pero de pronto, sintió como una especie de inspiracion misteriosa en los senos más recónditos de su espíritu. Se recogió un momento en extático arrobaamiento, y en seguida, como despertando de un sueño, se dirigió al viejo, y le preguntó con voz solemne:

—¿Te reanimarias, segun has dicho, si le vieras mañana?

—¡Ya lo creo! exclamó Iñigo, levantando los ojos al Cielo.

—¿Y si en seguida tuviera que marchar?

—¿Pero á qué se habia de marchar?

—No es eso, señor, lo que quiero saber. Dime. ¿Si viniera á celebrar el Gabon con nosotros, aunque fuera para ausentarse luego, te sentirias con fuerzas para vivir?

—¿Qué duda tiene? respondió el anciano. Me convenceria por mis ojos de que estaba vivo, que es lo primero, y despues, aunque se marchara, como sé que tarde ó temprano habia de volver, me sostendria esa dulce esperanza.

—Entónces, vendrá! murmuró la jóven con acento de completa seguridad; y en seguida se puso en marcha para Iciar.

Entró en la iglesia, y sin detenerse como otras veces, se dirigió hácia el altar.

La rosa de la derecha continuaba sin vida; y sus pétalos, ya secos, desprendiéndose de la corola, iban esparciéndose aquí y allá.

La jóven exhaló un profundo suspiro, enjugó una lágrima que asomaba á sus ojos, y arrodillándose sobre la grada, murmuró con fé sobrehumana, con esa fé que hace milagros:

—Virgen Santísima mia! Yo no soy digna de besar el polvo que pisan tus piés, pero te amo y creo en tí! Nada te pido para mí misma, pues mi dicha, mis amores y mi existencia ofrezco como siempre á tus plantas, Pero ¡ay madre mia! Consuela los últimos dias de ese infeliz anciano, que cae bajo el peso del dolor, haciendo que su malogrado nieto volviendo á la vida, aunque solo para un dia, venga mañana á celebrar á su lado la Santa noche que conmemora el nacimiento de tu Jesus.

—En seguida estampó sus labios en la grada, y levantándose llena de confianza, se dirigió al altar.

La flor poco há marchita y seca, se hallaba erguida sobre su tallo; las hojas esparcidas por el suelo se habian unido á su corola; y su tallo y sus pétalos, su cáliz, en fin toda ella, ostentaba la frescura y los perfumes que tenia al abrirse.

Dominica más conmovida que sorprendia, se prosternó en el suelo, oró largo rato y emprendió el camino á casa, luchando entre la gratitud á la Virgen y el espanto que la causaba la próxima aparicion.

En fin, pasó aquella noche y vino la luz del alba, anunciando el gran día de los cristianos, la víspera de Navidad, y trayendo en pos la noche de la inmensa alegría, del júbilo santo de todos los adoradores de Jesus.

Pero si general es en todas partes, la solemnidad de este dia, adquiere en el país bascongado además un carácter de patriarcal grandeza, que ejerce saludable influencia en las costumbres y en los sentimientos de sus hijos.

En la noche de Gabon las penas se olvidan, las lágrimas se enjugan, la miseria se esconde de todos sus caseríos, ante la arrebatadora embriaguez de una alegría que raya en locura.

Y es que en ese día, no solo los hijos honrados que salen á trabajar por aliviar la suerte de sus familias, sino los que huyeron de la casa paterna echando tras sí miradas rencorosas; los que se alejaron por encontrar humilde el pobre caserío, para sus locas vanidades, y hasta los que se hallan encadenados á tierras estrañas por la ingratitud ó las pasiones..... todos ellos malos ó buenos, se acuerdan que allá léjos.... óentre los nogales del valle, ó sobre la cumbre de la colina, ó á las orillas de un torrente hay un hogar en que vinieron al mundo, á cuyo calor celebraron el Gabon en su infancia, y en donde les aguardan, un padre, una madre, para darles su bendicion ántes de cerrar los ojos. Y ¡ay! ante ese pensamiento, echando un velo sobre lo pasado, todo Euskalduna toma el palo en la mano y emprende el camino para sus montañas á celebrar el Gabon.

¡Y en esa noche el patriarca de la familia sentado junto á la lumbré, aguarda con la sonrisa en los lábios y la ternura en el alma á todos los hijos de su viejo solar! Y en el cántico de alegría que entona por el nacimiento del Dios-Hombre, en el ósculo de amor con que abraza al terminar á cuantos se sientan á su mesa, los ódios se apagan, los agrados se olvidan, y desaparece todo resentimiento y rencor.

¿Y cómo acordarse de las miserias de nuestro amor propio, de las pequeñeces de la vida en ese momento augusto y solemne en que las inteligencias celestiales enagenadas de pasmo ante el gran Misterio, cantan: «Gloria á Dios en los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad?»

En vista de todo esto, se comprende el afan del pobre Iñigo Au-zárraga para la celebracion de este dia.

A pesar del frio que hacía aquella mañana sacó un aulqui (sillita de madera) y colocándolo al pié del encino de su puerta, se sentó en él para aguardar á su bien amado Ortuño.

Tendido á su lado y con la peluda cabeza apoyada en sus piés, dormita un enorme mastin, fiel guardian de todo caserío bascongado.

Desde muy temprano, se ven cruzar multitud de mancebos por las cumbres y por los valles, por los senderos y por estradas, desper-tando los ecos con sus alegres alayúas.

Aquí pasa uno cantando á voz en grito; allí aparece otro sobre las rocas de una colina llamando á su compañero que camina por la otra falda; suena acullá un tamboril á quien siguen danzando muchachos y muchachas; y véñse tambien de tiempo en tiempo, grupos de padres y madres de familia que con una porcion de pequeñuelos, van sose-gada y tranquilamente á hacer el Gabon con el abuelo.

Y esta multitud de figuras que aparecen y desaparecen en las que-bradas y barrancos con los cánticos y los gritos que torta bruscamente una falda, ó prolonga largamente el eco; y que aumentan y disminu-yen, se tropiezan y se confunden entre la sombra de los árboles, dá á aquel cuadro un carácter tan original y animado, que hubiera diver-tido á un espíritu ménos preocupado que el del infeliz Echejaun.

Pero, ¡ay! ¡no está para eso el pobre anciano! Con el oido atento, los ojos fijos en el sendero, permanece todo el dia en su puesto, aparte del breve momento en que se retira para hacer su frugal colacion.

Mas pasa inútilmente la mañana, y declina tambien la tarde, y el sol se acerca á su ocaso, sin que venga señal alguna á alegrar su corazon.

De tiempo en tiempo, engañado su débil oido por la semejanza de una voz lejana, con la voz del hijo querido, levanta con ansiedad la cabeza y presta redoblada atencion... pero desvanecida su ilusion, in-clina con desaliento la cabeza y murmura tristemente:

—¡Ah! ¡dichosas las entrañas de la madre ó del padre, que vayan á alegrar esos cantos!

El corpulento mastin al ver los movimientos del anciano, pónese tambien en pié, clavando en él su inteligente mirada; mas al mirar luego su abatimiento, vuelve á echarse á sus plantas, y levantando la cabeza por entre las rodillas del viejo, lame sus manos yertas con cariñosa ternura.

En esto Dominica sale á la puerta, y se acerca á su lado diciendo:

—¡Retírate, aitona, que hace fresco para tí!

El viejo; como si no lo hubiera oído, murmuró con amargo desaliento:

—¡Ay! ¡las horas marchan como mis esperanzas! ¡y la noche estenderá pronto sus sombras sobre la tierra, como la muerte sobre mi corazón! Y entre tanto.... nada... nada!..

Las palabras del infeliz Auzárraga desgarran el alma de la tierna doncella. Levanta los ojos al cielo, estrecha con cariño las manos de su abuelo, y esclama con fé profunda:

—¡Aitona mio, alégrate, vendrá!

—¡Así creía tambien yo ántes! ¡Pero ahora!....

—Ahora debes esperar mejor que ántes, porque yo he pedido á la Virgen que nos lo traiga, y la Virgen lo traerá.

¡Ay! ¡ojalá, porque si no!...

—Calla y reza tú tambien, aitona, aquí abajo, mientras yo subo á hacerlo en su templo.

—¡Vete, angel mio, vete, y Ella que es buena y te quiere mucho querrá consolarnos tal vez!

Dominica en seguida se dirigió como otras tardes á Iciar, y despues de entrar en la Iglesia rezó algun tiempo y se acercó luego al altar.

¡El rosal ostentaba sus dos flores frescas y lozanas!

La jóven se arrodilló, y exclamó besando la grada:

—¡Gracias, Madre mia, porque has oído á tu sierva!—Aunque mi corazón tenga que romperse con tan aterradora aparicion, veré alegrarse el alma del pobre anciano, que podrá acabar siquiera en calma sus días sin desesperacion y sin dolor! ¡Oh! ¡Gracias de nuevo, Santísima madre mia! ¡Y en cuanto á tu sierva, hágase en ella la voluntad del Señor!

Al terminar sus palabras, levantó la cabeza; y habiendo fijado sus

miradas en el altar, se le figuró ver las dos flores agitarse en ténue movimiento; y en el mismísimo instante un alayúa vibrante y sonoro sacudió los ecos del Andutz.

El anciano Auzárraga, que seguía sentado á la puerta se puso en pié temblando de ansiedad y de esperanza y el fiel mastin, dando un brusco salto, se arrojó por las jaras del monte ahullando de placer.

Poco despues se oyó otro grito más próximo, y luego otro.... y otro.... y otro....; y ántes de ocho minutos el feliz Echejaun, ébrio de placer y de ventura, caía en brazos del nieto de su corazon.

JUAN V. ARAQUISTAIN

(Se concluirá)

JUPITER ETA ASTOA.

Jupiterri, zeña dan
 Jaungoiko falsoa,
 Kejatu zitzaion bein
 Biziro astoa.
 —Ez dakit,—esan zion,—
 Nola dan astorik
 Baratza zaia, nausi,
 Izan nai duenik.
 Egunoro narama
 Plazara berekiñ,
 Aza, porru, tipula
 Eta lechugakiñ.
 Oyek saldu ondoren
 Biurtzen naiz nekez
 Arras zamaturika,

Echera, gorotzez.
 Ezerere jan gabe
 Nabill erdi illa,
 Goitik-bera sentitzen
 Derala makilla.—
 Astoaren negarraz
 Jauna da kupitzen,
 Eta tellagin bati
 An dio bialtzen.
 Laster biurtzen zaio
 Berriz Jupiterri,
 Esanaz:—telligiñak
 Iltzen narabil ni.
 Jan guchi ematen dit,
 Makill golpe asko,

(1) Samaniego-ren ipuia eukerara itzulia.